

INSTITUTO HIDALGUENSE DE EDUCACIÓN PARA LOS ADULTOS (IHEA)
HIDALGO, MÉXICO.

La educación para adultos en México: una perspectiva autobiográfica como asesora

PROMOVER LA ALFABETIZACIÓN Y ACERCAR LA EDUCACIÓN BÁSICA, PRIMARIA Y SECUNDARIA, A PERSONAS QUE, POR DISTINTAS CIRCUNSTANCIAS, NO PUDIERON CULMINAR SUS ESTUDIOS EN LA EDAD SOCIAL E INSTITUCIONALMENTE ESPERADA



María Concepción Tapia

Asesora de educación para adultos en el Instituto Hidalguense de Educación para los Adultos (IHEA) Hidalgo, México.
conchis.1964.08@gmail.com

Luego de más de veinte años de labor como asesora de educandos en el Instituto Hidalguense de Educación para los Adultos (IHEA), he identificado continuidades y cambios en el modo de instruir a los jóvenes, adultos y adultos mayores de nuestro país. Recientemente la pandemia por COVID-19 impuso un escenario cuya contingencia nos obliga a repensar la forma de enseñar. En este sentido, con el presente artículo pretendo valerme del relato autobiográfico para compartir mi experiencia docente y, en el mismo ejercicio, analizar algunos aspectos de la educación para adultos en México. El manuscrito es a la vez un pretexto para fomentar el reconocimiento público de los asesores y asesoras.

Origen de la institución

El INEA fue creado por decreto presidencial en 1981. Es una entidad pública, descentralizada del gobierno federal y perteneciente a la Secretaría de Educación Pública (SEP). La Ley nacional de educación para los adultos, promovida en 1975, constituye el antecedente y fundamento jurídico del INEA. El organismo surgió en un momento de importante incremento demográfico, industrialización y migración rural-urbana, siendo el Distrito Federal (hoy Ciudad de

México) el principal centro de atracción. Luego de la Revolución mexicana la población comenzó a aumentar considerablemente. En 1930 había 16 millones y medio de habitantes en todo el territorio nacional; en 1950 se acercaba a los 26 millones; para 1970 había poco más de 48 millones y en 1980 la cifra estaba muy cerca de los 67 millones de habitantes según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2020). La educación se consideró un pilar fundamental dentro del pretendido proyecto de modernización esgrimido por los gobiernos federales a lo largo del siglo XX.

Con la instauración del INEA se buscó abatir el rezago escolar: promover la alfabetización y acercar la educación básica, primaria y secundaria, a personas que, por distintas circunstancias, no pudieron culminar sus estudios en la edad social e institucionalmente esperada. Dos años después de su creación, en 1983, ingresé a sus filas como asesora educativa cuando tenía 19 años. Por aquella época me encontraba laborando como secretaria para una constructora que estaba edificando viviendas al norte de la Ciudad de México, en el municipio de Tizayuca, Hidalgo de donde soy originaria, específicamente de la localidad de Huitzila.

El instituto de reciente creación buscaba personal. Una conocida que ya se encontraba laborando me ex-

tendió la invitación. Acepté, dado que uno de mis gustos desde la infancia era la enseñanza. Recuerdo que solía jugar con mis muñecas a la escuela; ellas eran mis alumnas y yo la profesora. Sin embargo, cuando ingresé al instituto, no le presté mucha atención porque tenía un empleo estable. Además, lo percibía únicamente como un apoyo social a la comunidad. Mis expectativas tampoco eran muy altas; consideraba que había poca oportunidad de realización profesional y que a los alumnos tampoco les sería muy redituable. En ese instante no concebía que podría recibir un certificado que fuera útil para su desarrollo académico. No permanecí más de un año en el instituto.

Fue hasta el 2000 cuando regresé por motivos muy distintos. Iniciaba un programa de gobierno destinado a dar apoyos económicos periódicos a la gente que lo necesitara, pero uno de los requisitos era inscribirse al INEA para terminar la educación básica o, de tener al menos el bachillerato concluido, ser asesor (hoy también conocidos como figuras solidarias). Mi circunstancia era la segunda, de tal modo que nuevamente pasé a ser asesora. Desde esa época lo he sido interrumpidamente hasta el 2022. A través del tiempo he experimentado los cambios del instituto. Al mismo tiempo he tenido la oportunidad de llevarme experiencias y aprendizajes de todo tipo.

Organización del INEA, actividades y sitios donde he laborado

Actualmente la estructura organizativa abarca y vincula la unidad socio-territorial más mínima que es la localidad, con la dirección nacional. De «abajo» hacia «arriba» el INEA se compone por quienes somos asesores y asesoras. Constituimos el «ejército» que mantiene el contacto directo con la gente en las calles, domicilios y espacios públicos donde damos seguimiento a los educandos. Cada municipio cuenta con zonas atendidas por asesores como yo. A su vez varios municipios conforman una región. El coordinador municipal es el jefe de los asesores y el coordinador regional tiene a su cargo varias coordinaciones municipales. En el Estado de Hidalgo existen 16 coordinaciones regionales que conforman el Instituto Hidalguense de Educación para los Adultos (IHEA). Finalmente, los institutos estatales se vinculan al instituto nacional.

El INEA atiende a las personas mayores de 15 años para que logren alfabetizarse o estudien su primaria y secundaria. También cuenta con un programa especializado denominado 10-14. El objetivo es ofertar los estudios de primaria a la niñez que no pudo culminarla y que se ubica en este rango de edad. Pienso que con este mecanismo el objetivo es atender lo más pronto posible el rezago educativo. Quizá el lector se esté preguntando cuáles son los canales de comunicación y vinculación con la población. Éstos son varios. El INEA realiza campañas de difusión, pero también a través de una probada publicidad que es el pa-

sar de voz en voz la información. Por ejemplo, en mi comunidad la gente se ha transmitido el dato sobre mis servicios y entonces es habitual que acudan a mi domicilio para pedir informes. Desde luego, no pierdo oportunidad de extender la información a la gente que sé que podría requerir los servicios de INEA. Por otro lado, mi coordinadora municipal, la licenciada Juana Omaña Viguera, también juega un rol importante pues a través de sus gestiones ha llegado gente conmigo y he acudido a distintas organizaciones a dar mis servicios. Ya hablaré de ello más adelante. Antes, me gustaría señalar que a lo largo de mi trayectoria he tenido 3 coordinadores municipales y 3 coordinadores regionales.

¿Cuáles son las actividades específicas de un asesor?

Cuando nos encontramos promocionando los servicios, una de las labores más arduas es convencer a la persona para que se decida a retomar sus estudios. No es fácil: se precisa de hacer visitas domiciliarias en más de una ocasión. Cuando al fin hemos logrado este gran paso, se procede a hacer la incorporación, esto es, llenar el registro de quien ahora ocupará la figura de «educando». Después, llevamos la documentación a la coordinación regional para su debida inscripción. Una vez inscritas las personas, se proporcionan los materiales didácticos dependiendo el módulo (asignatura) que vayan a cursar (libros, diccionario, cuadernos, juegos geométricos, calculadora u otros). Dado que el registro es permanente y que cada educando se encuentra en una situación de rezago singular, el avance es distinto. Podemos atender a un joven que recientemente abandonó la secundaria o a un adulto mayor que está comenzando sus procesos de alfabetización.

Otro de los retos se halla en la dificultad de volver a comenzar los estudios, especialmente entre los adultos y adultos mayores. Hay personas que llevan 20, 30 o 40 años sin tomar un lápiz o leer en forma. Las que van iniciando con alfabetización, por supuesto, no han tenido la experiencia de la lectoescritura. La escucha atenta y la comprensión forman parte de las habilidades que los asesores debemos poner en práctica. En lo personal comienzo por recuperar sus saberes previos: cómo se compone la familia, antecedentes escolares, en qué han laborado, cómo es su entorno familiar y otros datos que me proporcionen una imagen lo más detallada de su situación para saber cómo abordarlos. Con el paso del tiempo me he percatado que a los adultos y adultos mayores les gusta narrar y ser escuchados. Es común que cierren su libro y comience a contar historias derivado de los contenidos del libro que estemos revisando. La tarea como asesora consiste, pues, en conducir el vínculo entre la dimensión teórica expresada en el libro con la experiencia de la persona y lo empírico. También es importante hacer énfasis en los conocimientos y logros del edu-

cado, porque es una forma de motivarlos para seguir adelante.

Itinerante

Los sitios donde se reúnen los círculos de estudio son múltiples. Nuestro trabajo es itinerante. Por un tiempo habilité un espacio de mi hogar para dar las asesorías. También he ocupado mi sala o el comedor. Durante varios años me instalé en la «escuela vieja», un edificio que albergó a la escuela primaria de Huitzila (a la que asistí) y luego dejó de tener uso. Por otro lado, mucho se ha trabajado con las autoridades municipales para ingresar a los inmuebles públicos. De esta manera, hemos podido entrar a las bibliotecas o centros de desarrollo comunitario donde se ofertan talleres de todo tipo: karate, manualidades, yoga, zumba y otros. El INEA por su parte cuenta con la «plaza comunitaria». Es un espacio ubicado precisamente en un centro de desarrollo comunitario, el cual brinda acceso a computadoras y a internet para que, sin costo, los educandos consulten sus módulos y avancen académicos. Ahí también se llegan a realizar exámenes que son en línea, pero la mayoría se efectúan en papel, aunque se rumora que en el futuro todo será por medio de internet. Cabe añadir que para esta actividad existe la figura de «aplicador» quien es el encargado de llevar a cabo los exámenes. Dado que la ganancia económica de los asesores depende de la aprobación de exámenes de los educandos, la idea con la figura del aplicador es evitar actos de corrupción académica.

Regresando al tema de los círculos de estudio, en otros contextos somos los asesores quienes nos trasladamos a los sitios donde los educandos se encuentran reunidos. Por ejemplo, ahora en 2022 acudo a unas instalaciones públicas del ayuntamiento de Tizayuca para dar clases a personal que trabaja en el área de jardinería municipal. Las empresas y la ex-cárcel distrital de Tizayuca también forman parte de estos lugares. He laborado en cerca de 10 empresas dedicadas a distintos giros: gas para uso doméstico, transformadores de energía eléctrica, minerales para el hogar, químicos y otros. Por lo general las fábricas dan acceso a los asesores, pero no destinan un tiempo del horario laboral para que sus trabajadores acudan a las asesorías. Es decir, estudian luego de su jornada de trabajo. Solamente la empresa Voltran (hoy Voltran WEG Group) incluía el tiempo de estudio como parte del tiempo laboral. A propósito de esta empresa, una de las satisfacciones que he tenido ha sido ahí, pues además de permitirme el acceso gratuito a su comedor, al final de mi estancia me dieron una gratificación económica. En la empresa Smartfoam fue similar, en virtud de que cada mes me daban un incentivo. Asesores y obreros estaríamos orgullosos de más empresas que apoyen la educación.

La ex cárcel distrital de Tizayuca fue otro establecimiento donde tuve muchos aprendizajes. Asistí durante 15 años. Ahora ya no existe porque en 2017 la

Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) emitió un conjunto de recomendaciones y observaciones, de las cuales varias comparto. Por ejemplo, las condiciones de hacinamiento eran evidentes. Con el paulatino desmantelamiento de la cárcel, los presos fueron dirigidos a prisiones más grandes. Evidentemente mi papel ahí era brindar educación, no juzgar o emitir juicios, pero no puedo dejar de recordar algunas historias que conocí. En ocasiones llegué a pensar que había personas encarceladas injustamente por delitos que en realidad no habían cometido. Lo que sí me quedó claro es que la falta de educación y el analfabetismo tenían implicaciones en cómo se habían resuelto sus casos legales. Existe gente que no tuvo oportunidad de aprender a leer y escribir, se fueron confesados y pagaron con cárcel. La justicia en papel es poco accesible para la mayoría de los presos. No es momento aquí de extender la discusión, pero existen estudios de sobra que analizan la correlación entre educación, pobreza y cárcel. Pareciera que el sistema penitenciario está diseñado para «castigar a los pobres» en las «cárceles de la miseria», en palabras del connotado sociólogo Wacquant (2000; 2004).

Con los servicios de INEA en la cárcel lo que se espera es que los presos estudien, pero existe una suerte de motivante: al concluir sus estudios básicos hay reducción de la sentencia de uno a dos meses. Según su condena, para algunos era significativo, para otros, en cambio, carecía de relevancia. Entonces, tenía alumnos porque veían un interés, aunque mi clase era abandonada si ingresaba el grupo de cristianos para una celebración religiosa y al finar dar comida. Ahí también tenían un interés instrumental, pero cuando se llevaba a cabo el culto a la Santa Muerte también dejaban los libros a un lado, aunque existía un móvil simbólico mucho más fuerte. Pese a la disposición institucional, el sistema carcelario impone dificultades para el estudio. Por ejemplo, no pocas veces llegué a la cárcel y ya no estaban mis alumnos pues habían sido trasladados a paneles de un momento a otro o cuando había cateos al interior de las instalaciones, sus materiales de trabajo (libros, libretas) eran revisados, removidos y, si las autoridades lo consideraban necesario, eran retirados del lugar.

Otro sitio en el que también estuve como asesora fue en la cuenca lechera de Tizayuca. Ahora este lugar cuenta una historia poco alentadora, pero entre la década de los setenta y principios de los noventa «la cuenca» (como se le conoce localmente) fue el emblema y orgullo local proyectado a nivel internacional. Ahí se producía de la mejor leche en el mundo, como se describe en el documental «Hombres de leche» (2011). Este complejo agropecuario fue construido con apoyo del gobierno federal (Poémon et al., 2006) y logró despegar. Empero, la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá a mediados de los noventa, trajo consigo efec-

tos devastadores para la economía mexicana. El sector de los lácteos se vio profundamente perjudicado con la entrada de una cantidad desmedida de productos de importación. En Tizayuca recordamos cuando en los noventa los productores fueron a tirar la leche con sus pipas en las calles principales como protesta por las desventajas productivas a las que estaban siendo sometidos. Fue noticia nacional. De hecho, el libro escolar de INEA «México nuestro hogar» de la edición pasada incluyó una nota sobre este fatídico acontecimiento. Desde entonces, la cuenca ha resistido a su desaparición.

Si bien los establos activos y la producción de leche han disminuido notoriamente, todavía hay algunos funcionando. Ingresé a trabajar por medio de un programa de gobierno destinado a dispersar recursos económicos entre familias de bajos recursos. Como señalé, había entrado como asesora por medio de estos programas, pero en periodo de gobierno anterior. A estas alturas quizá el lector habrá identificado que algunos apoyos de gobierno se brindan siempre que la persona beneficiada esté en disposición de hacer algún esfuerzo, como cursar la educación básica. Más allá de hacerlo notar, no es mi atención (y tampoco cuento con la información necesaria) para emitir un juicio acerca de si esta mecánica ha rendido los frutos esperados.

Hablo sobre todo desde mi experiencia y en **la cuenca** lo que llamó mi atención era el origen e idioma materno de las personas con las que trabajé. En la cuenca se pueden observar rápidamente las distinciones de clase social. Están los dueños de los establos y están los trabajadores. Mi objetivo era atender sobre todo a las esposas de los trabajadores. Pronto supe que la mayoría procedía de una misma región del Estado de Veracruz, específicamente del municipio de Chicontpec. Ahí me encontré con una barrera lingüística singular: ellas son bilingües. Hablaban español,

pero su lengua materna, si no me equivoco, era el náhuatl, uno de los idiomas indígenas más hablados en México e influyentes sobre el español que se practica en México contemporáneo. Esta particularidad era incluso algo «extraña» si consideramos que en Tizayuca poco o nada se habla de la presencia de grupos indígenas; existe una invisibilización. En ocasiones se cree, y lo he escuchado, que por ser una zona urbana no hay personas indígenas; nada más falso. Por el contrario, con el crecimiento considerable de población en el municipio, la población indígena también ha aumentado, como se constata en las cifras oficiales del INEGI (2010; 2020): en 2010 había 1,701 personas mayores de tres años hablantes de alguna lengua indígena, mientras que en 2020 eran 2,676.

Ahora que ha pasado el tiempo y lo reflexiono, el problema (en realidad mi problema) no era que en ocasiones tuviera complicaciones para entender lo que decían, sino el continuo proceso de castellanización que el Estado mexicano ha aplicado sistemáticamente sobre los pueblos indígenas. Leer y escribir se conciben como parte del desarrollo no sólo humano y personal, sino también nacional. En la cuenca yo enseñaba a leer y a escribir, pero en español, no en náhuatl. Desde que existe el Estado mexicano, la alfabetización se ha consagrado como una tarea fundamental para alcanzar el anhelado progreso y en su puesta en marcha ha atentado contra la diversidad cultural y lingüística. Tampoco podré extenderme más sobre el tema, sólo me limito a lanzar la interrogante sobre cuáles son las prácticas educativas que deberíamos implementar, bajo la consigna de erradicar todo tipo de relación de poder y violencia étnica y lingüística.

Otros desafíos como asesores

En general, sea a donde quiera que brinde mis servicios, noto que el rezago educativo se extiende so-



bre la sociedad. Como asesores somos la «bisagra» que articula a la población con la institución pública. Personalmente noto una apatía, especialmente entre los jóvenes, pero también una serie de complicaciones económicas y sociales que impiden día a día que los educandos de cualquier edad tomen sus libros. Estoy en contra de considerar la apatía como una condición individual que se genera en la psique de cada persona. Por el contrario, si veo que la apatía se extiende en un grupo, eso quiere decir que asistimos a la presencia de un fenómeno social. La pregunta y el desafío sería tratar de comprender cuáles son sus causas y cómo se puede abordar, es decir: ¿qué condiciones sociales políticas y económicas se hallan detrás de dicha actitud frente al estudio?; ¿por qué la escuela hoy no parece atractiva para algunos grupos de jóvenes? ¿qué valor le da la sociedad a la educación?; ¿qué oportunidades otorga la sociedad a quienes estudian? Emito esta serie de preguntas pensando especialmente en quienes se hallan en las condiciones de mayor desventaja y desigualdad social. Si los jóvenes llegan con nosotros, es porque determinadas condiciones los arrojaron fuera de la escuela.

Asociado al punto anterior, noto que para poder estudiar se requiere satisfacer necesidades mínimas. No es posible abrir la libreta si enfrentamos otro tipo de complicaciones cuya atención requiere atención prioritaria. Retomaré una anécdota breve para ejemplificar las situaciones a las que nos enfrentamos los asesores en las calles. Hace no mucho, cuando la pandemia por COVID-19 estaba cediendo y se reanudaron actividades públicas, llegué al domicilio de una señora a la que estaba asesorando. Bastó con ver la expresión de su rostro para leer la negativa. Antes de que dijera una palabra me argumentó esto que recuerdo y que procuraré transmitir lo más fielmente posible: «mire, ahorita yo no tengo tiempo para exá-

menes, sabe que tengo un hijo con discapacidad y venimos llegando de su rehabilitación. Ya pesa más mi hijo y vengo bien cansada de cargarlo. Como nos fuimos a la rehabilitación hoy ya no trabajé, además ha visto que no hay agua en el pueblo, apenas está cayendo una poca y tengo así de ropa (levantó su mano a la altura de del hombro para representar la cantidad de lo que debía lavar)». Evidentemente no era la apatía lo que la detenía, sino la suma de tareas que debía realizar y así como ella, muchos educandos enfrentan complicaciones similares.

A propósito de la pandemia y de los adultos y adultos mayores, los asesores enfrentamos nuevas vicisitudes. Uno de los tópicos más problemáticos ha sido el encarar las nuevas tecnologías. A partir de que el COVID-19 se propagó en México, tuvimos que reperlarnos hacia las tecnologías de la información, no obstante, en poco tiempo se dejaron ver tres problemáticas. Primero, la brecha de edad y tecnología. Mucha gente con la que trabajamos está poco familiarizada con las nuevas tecnologías, de tal suerte que la respuesta fue limitada. En segundo lugar, las brechas de orden socioeconómico. Adultos y jóvenes con recursos económicos y materiales limitados se vieron en la dificultad de acceder a internet o de adquirir algún soporte físico, ya fuese teléfono celular, tableta electrónica o computadora. Por desgracia, con la pandemia aumentó radicalmente la demanda de dispositivos electrónicos, lo que generó un aumento en sus precios. Por último, ante los estragos económicos y las transformaciones en el modo de gestionar la educación escolarizada, hubo quienes, bajo situaciones estresantes, tuvieron que esforzarse en hallar fuentes de ingreso económico y dedicarse a atender la educación de sus hijos bajo las nuevas modalidades en línea. En muchas casas apenas se tiene un teléfono celular, con lo que fue necesario administrar tiempos y



gastos por servicio de internet entre los hijos. Como sucede en muchos aspectos de la vida, padres y madres optaron por dar prioridad a la educación de sus hijos que a la de ellos.

Las expectativas

Indudablemente la pandemia nos está dejando innumerables lecciones. Se evidenció que las relaciones humanas cara a cara son necesarias y en la educación no es la excepción. Aun cuando estemos regresando a las actividades presenciales, desafortunadamente no podemos advertir si en el futuro cercano o lejano será necesario regresar al confinamiento. En cualquier caso, las experiencias con la pandemia podrían servir para prever escenarios posibles. Por ejemplo, será necesario reconsiderar cómo trabajar con adultos y adultos mayores a través de internet, así como las condiciones de las familias en cuanto al acceso tecnológico.

En el plano personal, no he puesto fecha de fin a mis servicios en el INEA. Prefiero que la institución o mis fuerzas lo definan. Como señalé, cuando ingresé por segunda ocasión en el año 2000, fui elegida como asesora en virtud de contar con el bachillerato. Tuve un coordinador regional que en cada reunión de balance nos decía que estudiáramos una licenciatura. En ese momento, y desde tiempo antes, como muchos padres y madres hacen, preferí dedicar mi esfuerzo para que mis hijos concluyeran sus estudios. Luego de esa etapa, hoy a mis 57 años estoy por titularme como licenciada en pedagogía. Considero que mi experiencia laboral más la universitaria se están fundiendo para mejorar mi desempeño como asesora. Aquí debo abrir un merecido paréntesis para reconocer y agradecer infinitamente a Jesús C. Molina P. por toda su motivación para que concluyera mis estudios de licenciatura. Todo mi reconocimiento por su calidez humana.

Como a muchos de mis educandos, la escuela no me ha resultado sencilla. Culminé mis estudios de bachillerato con sacrificios. Más de una vez me fui con el dinero para mi pasaje de ida, pero sin tener certeza de cómo iba a volver a casa. En mi época de estudiante también había dificultades geográficas desde la localidad donde vivo, pues había que caminar un par de kilómetros para tomar el transporte público. Haciendo un recuento de mi historia y de lo que he aprendido con los educandos, pienso que el éxito escolar depende de múltiples factores. No podemos asumir una perspectiva determinista en la que los recursos económicos, las disposiciones familiares, las iniciativas personales, las facilidades y calidad institucional, las oportunidades laborales que la sociedad brinda para los que estudian, las distancias geográficas u otros factores, definan unilateralmente las trayectorias escolares.

Luego de poco más de dos décadas de trabajo continuo, una de las satisfacciones más grandes que he tenido es el haber apoyado, según mis cálculos, a unas 100 personas para que aprendieran a leer y escribir.

Recuerdo que una señora se acercó para que la apoyara con su aprendizaje de lectoescritura. La señora se encontraba afligida porque una de sus hijas le había regalado un reloj de pulso. Aunque era muy bonito y había quienes le preguntaban la hora, ella no sabía decirles. Con mucho esfuerzo logramos que ella cumpliera su objetivo.

Finalmente, considero que mis compañeros y compañeras nos hemos ganado a pulso el título de maestros o profesores. Para la gente con la que trabajamos no hay distinciones. Si enseñamos, entonces somos maestros. Nuestro trabajo es igual de importante que el de quienes están dentro de las escuelas formales, sin embargo, el grueso de la sociedad desconoce nuestra labor. Además, la búsqueda de reconocimiento simbólico no contradice al reconocimiento económico. Quizá en un futuro no muy lejano ambas formas merecidas de reconocimiento se fortalezcan. Existen pocos canales públicos en los que podamos dar a conocer nuestras experiencias y si bien no poseo la autoridad para representar a mi gremio y hablar por éste, al escribir estas líneas les tuve en mente. Espero transmitir algunos matices de nuestro trabajo.

Fuentes consultadas

Poméon, T., Boucher, F. & al. (2006). Las dinámicas colectivas en dos cuencas lecheras mexicanas: Tlaxco, Tlaxcala y Tizayuca, Hidalgo. *Agroalimentaria*, 12; 49-64.

Wacquant, L. (2004). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires (Argentina): Manantial.

Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona (España): Gedisa.

Medios electrónicos

CNDH (2017). Diagnóstico Nacional de Supervisión Penitenciaria 2017. (https://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/sistemas/DNSP/DNSP_2017.pdf)

Diario Oficial de la Federación (1975) Ley Nacional de Educación para Adultos. (https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4831681&fecha=31/12/1975#gsc.tab=0) (31-12-1975).

González, Alberto (2022). Productores de Tizayuca pierden un peso por cada litro de leche. (<https://www.elsoldehidalgo.com.mx/local/regional/productores-de-tizayuca-pierden-un-peso-por-cada-litro-de-leche-8425171.html>). (13-06-2022).

INEGI (2010). 2010 Censo de población y vivienda. (<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2010/>).

INEGI (2020). Censo de población y vivienda. (<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>).

Ruiz, Yessica (2011). Hombres de leche. (<https://www.youtube.com/watch?v=8JmhrDZ1quQ&t=6>).